

EL MISÁNTROPO GENTIL

Por Luis Fernando Escalona

"I hate you!"

Anakin Skywalker

Me encanta hablar con mi gato. No juzga ni dice pendejadas, como los hombres. Y la verdad es que ahora tengo mucho tiempo para hablar con él.

Resulta que hace unos meses, a un imbécil se le ocurrió difundir un virus que se ha extendido por todo el planeta. Hoy vivimos una pandemia que ha detenido, en su mayoría, las actividades económicas y laborales del mundo. Muchos países han sido sacudidos por el bicho. La gente anda con cubrebocas y, en general, se han tenido que implementar métodos nuevos de higiene, desde el uso del gel antibacterial hasta la nula interacción y el contacto con otras personas, cosa con la que yo soy feliz, para evitar la propagación de la enfermedad. Pero vivir en pleno siglo XXI, con esos nuevos procedimientos, me hace pensar en lo puerca que ha sido la humanidad durante toda su historia.

Por fortuna yo puedo hacer mi trabajo desde casa. Soy corrector de estilo. Ya hemos superado el checador de horarios, el tráfico y la convivencia con mis compañeros de trabajo. Hago mi labor a solas, evito el trato con otros y he duplicado mi efectividad. ¿Cómo no ser feliz así?

Poseo también mucho tiempo libre: no tengo en realidad muchos amigos, familia ni pareja, así que puedo ver las series de los canales televisivos, las plataformas digitales y leer mucho. Alguien me aconsejó que escribiera, que según era una buena forma de hacer catarsis. ¿De qué?, pregunté. De tu pinche neurosis, me dijeron. Y pues nada, me compré un cuaderno y aquí estoy: reflexionando sobre esta naturaleza mía.

Y como si alguien me fuera a leer, cosa que me tiene sin cuidado, haré las formalidades y diré de qué se tratan estas notas: soy Zarus Jeit y soy un misántropo. Sí, en efecto: odio a la humanidad. Pero el que la odie no significa que la deba destruir, ni mucho menos me impide ser amable con mis semejantes, de manera individual.

Soy feliz con mi misantropía. Tampoco me la paso pensando en cuánto odio a la gente; a decir verdad, soy como cualquier persona: tengo una vida más o menos normal, cotidiana y aburrida. Eso sí, soy un solitario. Estar con una persona me parece tolerable; pero estar rodeado de un grupo de personas es algo emblemáticamente asqueroso.

Me hice misántropo por elección. Primero odié a la humanidad y luego conocí el término. No es como hace la gente hoy en día: lee algo en internet, por ejemplo, la definición de misantropía y es tanta su necesidad de pertenecer, de identificarse con algo que de pronto dice con su voz de chimpancé: “¡Hey, todos, soy un misántropo!”, y entonces ponen algo de moda: todos son misántropos y se jodió la esencia del concepto.

Yo no; yo primero odié a la humanidad. Y luego, en una plática con un amigo que acostumbraba leer filosofía me dijo: “Eres un misántropo”. Yo pregunté: “¿Qué es eso?”. “Es el que odia a los hombres”, me respondió. Y *voilà*, pues eso soy.

No me baso en teorías ni en novedades, sino en experiencias contemplativas; no porque la vida haya sido cruel conmigo o con mi familia, sino por lo que he visto a mi alrededor. No he leído novelas ni ensayos misántropos, porque simplemente no me interesa lo que otros hayan hecho sobre el tema. Quizá ahora sí lea sobre esto y reflexione en algún punto que pudiera llamar mi atención, y eso nada más porque tengo mucho tiempo libre.

El Hombre es imbécil. Ha perdido mucha de su historia tejiendo filosofías que no le han servido para un carajo. Todas lo llevan al supuesto mejoramiento personal, con su entorno y con su espíritu. El ideal está perfecto; es más: los ideales son perfectos. Pero cuando se ponen en el terreno de la práctica, cuando se bajan del cielo a la tierra para desarrollarlos, se corrompen, se llenan de mierda y sanguijuelas, con esa capacidad maravillosa del ser humano de echarlo todo a perder. Así se hacen las guerras desde tiempos inmemorables. Y mientras, los pseudointelectuales se masturban con sus disertaciones filosóficas y esperan el menor momento para chingarse al de al lado y tener una eyaculación cerebral. Así de bonita es la filosofía.

Y pues no, como esto no es un ensayo ni busco ganarme un premio de la academia ni nada por el estilo, evitaré “sustentar”, así entre comillas “sustentar”,

mis argumentos. Porque nadie me leerá y ultimadamente no le debo nada a nadie. Esto es mío y nada más porque tengo mucho tiempo libre.

Acabo de leer una frase que me ha sacado una sonora carcajada y unas cuantas lágrimas de alegría. Según Arthur Schopenhauer: “La existencia humana debe ser una especie de error”. La redacción se me antoja como algo cercano al asombro, a la sorpresa y, más precisamente, a la incredulidad; algo como “no puedo creer que alguien haya construido esta pocilga”. Y sobre todo, me pareció mucho muy divertida, hacía mucho tiempo que no me reía así.

Creo que la gente, en general, evita a los misántropos. Por ignorancia. Les dan miedo. Porque “seguramente serás un asesino serial o una especie de terrorista enfermo de tus emociones, resentido con la sociedad y que buscas acabar con todos a tu alrededor, empezando por mí”. No, no deberían darse tanta importancia. Sin embargo, eso sí: la misantropía no equivale necesariamente a tener una actitud inhumana hacia los demás. De hecho, Schopenhauer concluyó que “el trato ético hacia los otros era la mejor actitud, pues todos somos sufridores y parte de la misma voluntad de vivir”. ¿Ves? Ya empecé a sustentar, mierda.

Tengo claros los conceptos, mi postura y mi percepción del mundo a través de la misantropía, pero no logro organizar mis ideas. Quiero escribir sobre varias cosas, que no sé si tendrán un discurso lógico o sólo serán reflexiones al vuelo de pluma. No sé por qué me angustia esto; como si de verdad estuviera buscando crear un escrito que valiera la pena. Eso sí sabía de los escritores, que cuando no pueden escribir se llenan de ansiedad. Quizá por el posible fracaso que el acto de no escribir se les pudiera revelar. O tal vez por la incapacidad de no poder plasmar las ideas y de que esto nos acerque a la estupidez, que tanto me esmero yo por evitar.

Pasé una muy mala noche. Me dio insomnio y me quedé un rato viendo el techo de mi cuarto, cubierto de oscuridad, así medio en tonos azules y negros. Luego, ya cuando pude dormir tuve un sueño muy raro.

Soñé que estaba con un grupo de gente, en la noche, evitando que algo explotara y que acabara con el mundo, la ciudad o algo por el estilo. El caso es que explotaba y mientras veíamos de lejos cómo se iba acercando el fuego, yo me concentraba en que mis últimos pensamientos fueran positivos. Total, que el fuego nos alcanzaba pero no moríamos. Luego, al siguiente día, vamos a decirlo así, comenzábamos a buscar sobrevivientes en el barrio y alguien nos decía que todos los que habían resistido a la explosión se reunirían en una playa al sur del país, así que nos encaminábamos hacia allá. Íbamos en una camioneta; yo era el conductor y les decía a los demás (que no sabía quiénes eran) que no se preocuparan, que llegaríamos.

La primera idea que tuve al despertar fue por qué no nos habíamos muerto y ya, favor que le haríamos al mundo. En fin, amanecí de mal humor. Hoy no es un buen día para escribir.

—¿Qué le parece el mundo?

—Lúgubre.

—Bueno, pero por ahí se ven algunos destellos de esperanza, ¿no?

—Son luciérnagas, no mames.

Leí el diálogo anterior en una red social y me he vuelto a carcajear, como con la frase de Schopenhaur. Me parece que la ironía y el sarcasmo son una manera muy sana de sacar al misántropo que vive adentro. Es mejor eso que atentar contra la vida, no porque la ame en sí, pero tiene sus repercusiones legales. Y además: atentar contra la vida sería convertirme en eso que odio.

Hoy amanecí de mejor humor. Ya respondí unos correos de trabajo, leí un texto que se está corrigiendo y cumplí mi meta del día. En el mundo, los casos de pandemia siguen subiendo y prometen que la curva de contagios comenzará a

bajar en próximos días. Mi gato está junto a mi computadora portátil; al otro lado, tengo mi café y mucho tiempo libre, así que vine a escribir en mi cuaderno.

¿Cómo me hice misántropo? Ya expliqué que no fue una moda, que primero odié a la humanidad y luego conocí la categoría de mi talla, así que me la puse y me quedó a la perfección.

Ser misántropo no implica sentir aversión por personas concretas, individuos, sino repulsión por características que comparten los seres humanos como grupo. Un misántropo, leí por ahí, es un individuo que muestra antipatía por la humanidad en conjunto. Podemos entonces ir separando dos conceptos: *individuo* y *grupo*; *particular* y *general*.

Esta repugnancia, dice el escrito, puede ir desde lo inofensivo, la crítica social, hasta la destrucción y la autodestrucción. ¿A tanto? Bueno, la verdad es que cuando la gente escucha la frase *odio a la humanidad* ya se escandaliza. Se cree que el misántropo es un ser horrible que disfruta de la desgracia ajena. Es posible en algunos casos; los enfermizos, vamos a llamarlos así. Pero también hay que ser sinceros: no es en todos los casos. Vaya, no es que ande yo por la vida buscando un grupo de misántropos con los que me pueda sentar a compartir café y galletitas, mientras intercambiamos experiencias o ideas sobre nuestra misantropía, no. Como ya lo comenté, los grupos de individuos son los que me causan asco, pero no así el individuo como unidad.

El caso es que no busco otras personas con las cuales exponer mi pensamiento; pero eso de querer matarlos a todos, no es en todos los casos; al menos no en el mío. Al final de cuentas, como misántropo, necesito de los demás para existir; o mejor dicho para que mi desprecio tenga un lugar para vivir. Al final, terminamos siendo medio humanistas.

Nos guste o no.

Mencioné arriba los casos enfermizos y me encontré con un lindo término a saber: *misantrópía patológica*.

Aquí es donde entran ya las aberraciones humanas como asesinos seriales, violadores, genocidas. Muchos nombres se nos pueden venir a la mente: Charles Manson; Carl Panzram, asesino de más de 20 personas en 1922, y quien, desde la cárcel de Washington, dijo que odiaba a toda la raza humana y disfrutaba matando y violando gente; Adolfo Hitler, en fin. No rompamos el encanto haciendo una lista de todos estos enfermos. Sólo era una manera de ilustrar el concepto.

No, yo no disfruto matando a otras personas porque, simplemente, nunca he matado a nadie. ¿Me he preguntado qué se sentiría? ¿Me he imaginado cometiendo un acto de esta naturaleza? Sí, para qué miento, sí lo he imaginado. ¿Qué me detiene? Que yo desprecio, principalmente, a seres aberrantes como los descritos en el párrafo anterior. Esos son los únicos que sí considero deben morir torturados, asfixiados, quemados, revividos y vueltos a torturar antes de matarlos a patadas, otra vez. Ellos sí, pero tampoco sería yo el que llevara a cabo esta acción. Sin embargo, el hecho de que odie lo demás del ser humano, de la humanidad, del grupo social, no significa que quiera acabar con todos. Lo pienso sí, descargo mi enojo en esa imagen y ya. Es como sacarte un buen moco. Cuando lo expulsas de tu nariz, respiras bien y la vida se percibe mejor.

Ser misántropo no es querer destruir a la humanidad, al menos no para mí, aunque lo desees y me lo haya imaginado. Ser misántropo es, en realidad, no querer participar de sus actividades; por su hipocresía, su imbecilidad, su fanatismo: política, religión, abuso, racismo. Yo no. Yo odio parejo: todos por igual. Así que, ¿el misántropo es racista? No creo que lo sea. Tampoco es homofóbico. Yo no tengo nada en contra de los gays. De lejitos todos, así que no: todos parejitos.

El misántropo, pues, vela por la igualdad y la misantropía es incluyente; por lo tanto, está por encima de cualquier filosofía.

Jaque mate.

El misántropo: es pesimista o tiene esperanza.

No es que viva en depresión, la verdad que no. Pero sí soy muy pesimista respecto a la raza humana, a que pueda cambiar y dejar de joderse y de joder al mundo que lo rodea. Pienso que si desaparecemos le haríamos un bien a la naturaleza y considero que nos lo tenemos bien merecido. Por tanto no, no tengo esperanza en que este mundo mejore, en que la humanidad mejore; sólo puedo intentar mejorar yo, quizá; no ser tan cruel como otras personas, no joder tanto al mundo y no parecerme a eso que odio.

Y ya.

Sin embargo... sin embargo, sí: sí tengo esperanza. No en éste, sino en otro mundo. El que está después de la muerte.

Pero no me quiero meter en ese terreno; parecería contradictorio. La verdad es que, entre conjeturas y exposición de ideas, olvidé el punto central que quería desarrollar desde hace días: cómo me hice misántropo.

Ya comenté que no tuve una vida violenta en mi familia. Nadie abusó de mí, no tenía mucha cercanía con los parientes, pero no eran malos después de todo; al menos no conmigo. No sufrí de lo que hoy, las generaciones de papel, que no se saben defender, llaman *bullying*. En la escuela o en el barrio, simplemente, si tenías un problema con algún compañero, te agarrabas a golpes y ya. Al día siguiente eran amigos y todos felices. Así crecimos y nos hicimos fuertes. Muchos se resentían por eso, yo no. Me daba igual, la verdad. Si le ganaban una pelea a algún amigo cercano no sentía lástima ni pena, ni enojo contra el agresor; en realidad, no sentía nada. Pensaba que se le pasaría como a mí y ya, un nuevo día y a brillar el sol: a lo que sigue.

Sin embargo, sí me causaba repulsión ver a los fuertes abusando de los débiles. No sexualmente, no. Sólo ver a los fuertes golpeando a los que no podían defenderse. Y no sólo en la escuela, en la vida cotidiana: gente abusiva, ladrona, gente infiel, traicionera. Pueblos arrasados por la infamia de la guerra, animalitos maltratados, cazados, torturados, llevados a la extinción. Todo esto ha forjado mi

carácter y conforme pasa el tiempo, no me siento tan presionado para encajar en ningún lado. A decir verdad, cada día me siento más en paz con mi naturaleza misantrópica y eso me permite estar más en paz. Con todo y el pesimismo y la falta de esperanza que me habitan. Muchos se esfuerzan demasiado por pertenecer a algo. Yo cada vez siento que no pertenezco a nada, y así estoy bien.

Creo que fue Shakespeare quien escribió o dijo o algo así de que el bien y el mal dependen del punto de vista. No he encontrado otra forma de catalogar a toda esa gente mierda que mencioné arriba. Sólo eso, como gente mierda o gente *mala*.

Pero entonces, ¿a la gente *buena* se le odia también?

Tuve que regresar un poco para poder responderme esta pregunta. Escribí que se odia al *grupo*, no al *individuo*; o no necesariamente. Sin embargo, también escribí que se odia a todos por igual. ¿Entonces?

Voy a ponerlo así: un sujeto; llamémosle Dalter. Como *individuo* no lo odio, pero en *grupo* sí; salvo que, como *individuo*, encajara en la categoría de gente *mala*. El hecho de odiarlo no significa que lo discrimine por su piel, su nacionalidad, su preferencia sexual o su estatus social. Tal vez si fuera de la clase alta sí, porque esos, en su mayoría, entran en la categoría mencionada: de gente *mala* y abusiva.

¡Ahí está!

No todos hacen caso de las recomendaciones sanitarias: muéranse.

Acá en mi barrio se sumaron a las manifestaciones pacíficas en auto contra el gobierno del país. Que se jodan: los manifestantes y el gobierno. Jódanse. Hacen tráfico y, además, en tiempos de pandemia, donde la recomendación es no salir o hacerlo lo menos posible, todo mundo anda afuera. Y sin cubrebocas, sin seguir las indicaciones al respecto. Y en unos días más, cuando vuelva a crecer el número de contagios estarán llorando porque están enfermos: gente imbecil.

Al respecto, ayer me encontré a una vecina antes de entrar a casa. “Buenos días, vecino”, me dijo. “Buen día, vecina”, contesté. Intenté ser lo más cordial que pude, pues ya estaba con la llave casi dentro del universo y mi escape era inminente.

—Ay, vecino, ¡qué cree!

—Dígame.

—Ya creo en la pandemia.

—Bien por usted, vecina.

—Es que una amiga se contagió y ahora está en el hospital. Cómo somos, ¿verdad? Tenemos que ver algo cercano para creer que existe la enfermedad.

—Así parece —abrí la puerta—. Ojalá se recupere pronto su amiga.

—Gracias, vecino.

Entré a casa y cerré.

Estúpida.

Así parece que es la gente. “Hasta no ver, no creer”, dicen. Le dan vida a los dichos vulgares por cosas como ésta, y a ver qué pasa con todos los manifestantes que han salido a la calle, sin cubrebocas, sin hacer caso a las recomendaciones, a ver cuántos contagios se cuentan en próximas semanas.

Idiotas.

Muéranse.

La vecina es guapa y es joven. Se llama Yolanda, por su abuela. Cuando me ve, coquetea. ¿Por qué lo hace? Está casada, y además casada con un policía. Puede ser que en cuanto a deseo se refiere, pues uno se lo imagina y hasta se le abre la puerta a uno para entrar al juego. Pero hay que estar acorde con los pensamientos. Caer en las pasiones nada más porque pensé con la verga en vez de hacerlo con la cabeza es imbécil. Se pagan consecuencias caras.

El juego de la infidelidad es un asco. Y no por el hecho de que esté casada con un policía. Es cierta la posibilidad de que si le abriera la puerta a ella y tuviera

una aventura, el marido me haría cagada de ratón: es grande, fuerte y bastante hostil; serio más bien; porque hay que reconocer que es buen policía y muy educado. Además, claro, es policía. El sentido común te incita a no meterte con ellos ni con sus tesoros.

Pero, además, caer y ser controlado por las pasiones es un ejercicio que debería evitarse. Porque, ya lo escribí, se pagan consecuencias caras. Se cargan culpas, deshonor. Es idiota. Y por eso me referí a ella como una estúpida. No tengo algo en contra de las mujeres, nada. No me considero machista. Sólo pienso que, así como la misantropía, la estupidez no respeta sexo ni edad, ni posición social.

Igual que el amor, dicen.

Se dice que a veces hay que mentir para caerle bien a la gente. Pero tratar de agradar a todo el mundo es muy cansado e imposible. Yo dejé de hacerlo hace tiempo. Prefiero que piensen que soy un mamón a que me consideren hipócrita. Porque a los hipócritas también se les odia, claro. No, yo ya no miento para caerle bien a nadie. A la mierda. Así soy feliz.

Detesto a mis vecinos. Lo mismo que los detesté ayer, lo mismo que los detestaré mañana. Escandalosa música de mierda. A ver en unos días cuántos de la fiesta no van a dar al hospital por el posible contagio. Estúpidos.

La sociedad sería mejor si no tuviéramos vecinos. Soy fiel creyente de esta idea. ¿La leí o se me ocurrió? No sé, pero me gusta para invitarle un café.

En fin, no me dejaron dormir con su ruido.

Imbéciles.

Mi gato se llama Maple.

Me lo encontré hace tiempo aquí cerca, en la calle.

—Hola, gato.

—¡Miau! —me respondió.

Y ahí comenzó un diálogo que ha proseguido durante algunos años. Recuerdo que aquella vez seguí caminando rumbo a casa y él me siguió.

—¿Seguro que quieres venir? —y el bicho maulló en afirmativo—. Bueno. Cuidado ahí, gato, hay un desnivel.

El gato lo vio, brincó y siguió el rumbo de mis pies. Y es que las banquetas en este país están hechas con el culo. Mucha gente camina debajo de ellas, por lo mismo. No justifico su idiotez, pero se entiende la intención. El tema está es que les vale caminar por la calle y que los autos pasen; con eso de que el peatón tiene la preferencia, ya se jodió el buen gusto y el civismo.

El caso es que el gato se quedó. Le abrí la puerta de la casa y entró. Le di un poco de leche y le puse las cobijas para que se durmiera ahí. Al día siguiente lo llevé al veterinario, quien lo desparasitó, lo baño, lo castró y me lo entregó como recién salido de la barriga de su mamá. Le compré accesorios y ¡bienvenido a casa! Desde entonces duerme en la cama, conmigo.

—¿Cómo te llamaremos? —le pregunté aquella vez.

—Miau —dijo, guiñando sus ojitos.

—¿Yo decido?

—Miau.

—Vale... ¿qué tal... Zarzoso?

—¡Buagh! —bufó.

—Tienes razón.

Se me ocurrió ese nombre porque es mi gato favorito en la saga literaria *Los gatos guerreros*. Sin embargo, él tenía razón: podrían acusarnos por derechos de autor sobre el nombre y esas cosas, pero su apariencia me lo recordaba mucho.

—¿Maple?

—¡Mia miau!

—Maple, entonces.

Lo acaricié y ronroneó.

Maple es feliz, creo. Yo también soy feliz con él. Es limpio, educado y cínico. También es cariñoso cuando quiere. Yo lo entiendo. Pues si las muestras de cariño no son una obligación. Eso sí, es muy agradecido. No me gusta pensar en lo que habrá pasado en la calle porque me encabrono.

—Ya estás a salvo —le susurré una noche y me dio un lametón en la mano.

Schopenhaur escribió que “la compasión hacia los animales está tan estrechamente ligada a la bondad de carácter, que se puede afirmar con seguridad que quien es cruel con los animales no puede ser una buena persona... El hombre ha hecho de la Tierra un infierno para los animales”.

No me voy a jactar de bondadoso, claro. También soy medio mierda con los seres humanos. Pero sí estoy de acuerdo en lo menciona sobre la crueldad hacia los animales, cosa que deberíamos evitar ya. La raza humana, en efecto, ha hecho de este mundo un infierno para ellos.

Por eso, creo firmemente en la idea de que hay que tratar de hacerles el mundo mejor a los animales. Aunque sea a uno. Uno menos, lejos de la crueldad humana, es mejor que ninguno.

Y además, como lo escribí al principio de estas notas, me encanta hablar con mi gato. No juzga ni dice pendejadas, como los hombres.

Te quiero, Maple. Gracias por existir.

Miau.

Cada vez desprecio más las redes sociales, a los sabelotodo cibernéticos. No me salgo porque de pronto las necesito para comprar o vender alguna cosa. O a veces por platicar con alguien, nada más. Pero dejaré de escribir frases de odio en las redes sociales. Mejor vendré a mis notas. Aquí encuentro la intimidad que necesito.

El tema es que me cuesta no ver y por eso siempre vuelvo. La tecnología es una prisión y las redes ya no son lo que eran antes. Creo que aquí, en este cuaderno, puedo seguir vertiendo ideas y pensamientos. Al final, a nadie le importa lo que hagas.

Farewell.

Llevo ya varios días sin poder continuar con mis notas, como una historia parada, sin palabras, sólo con una imagen que no he podido describir. Me levanté de mal humor, intolerante y rabioso. Puta madre.

La persona que me sugirió escribir para hacer catarsis y sacar mi, cito, “pinche neurosis”, fue Zura, mi hermana.

Me dijo:

—Ya deja de quejarte de la humanidad, Zarus. Cómprate un cuaderno y escribe, es bueno para hacer catarsis.

—¿Catarsis de qué?

—¡De tu pinche neurosis!

En aquella ocasión, no quise decirle que era ella la que estaba gritando y no yo. Pero también la entiendo.

Zura y yo somos gemelos. O algo así. Ella nació primero y a los pocos minutos salí yo. Crecimos con nuestra madre y tuvimos una vida llevadera, no me puedo quejar. Mamá tuvo que trabajar para sacarnos adelante y lo hizo bien. Al menos yo no tengo resentimientos hacia ella. Y aunque Zura afirma que ella tampoco, sus actitudes hacia nuestra creadora dicen otras cosas.

¿Odio hacia mi padre? Pues no. Nunca lo conocí. ¿Cómo odias a alguien que nunca estuvo, que técnicamente nunca existió? Aprendí a vivir con la ausencia paterna, pero ni siquiera a ésta la detesto. Simplemente es un lugar

vacío que siempre me acompaña y que, es cierto, no se llena con nada. No estaba y punto; tampoco me hacía la vida complicada como mi madre o como Zura. Que si tu padre no se hubiera ido, que te pareces tanto a él, blablablá. Siempre que empezaban a discutir yo me iba; una, porque no tenía nada que ver ahí; dos, porque si me quedaba, a mí también me tocaba parte de la explosión. Prefería que explotaran ellas y que a mí me dejaran en paz.

A diferencia mía, Zura no acepta que ella también está medio neurótica. Digo, es mi hermana y la quiero, pero de pronto tiene unas cosas, actitudes y comentarios, que dan ganas de examinarle la cabecita a ver si le falta una tuerca.

Zura es hipócrita. Si le dices que ella también es enojona o que vive resentida o algo por el estilo, estalla en cólera, gritos y patadas, y el lugar donde se encuentre peligra hasta los bordes de la extinción. Mi hermana podría erradicar, ella sola, a la raza humana si quisiera. Pero no quiere. Lástima, me haría un gran favor.

Vive con un marido alcohólico que no admite tener un problema con su forma de beber. A mí ya no me importa. Viven en el eterno círculo de:

- 1) Elso me pegó.
- 2) Déjalo.
- 3) Lo haré, ahora sí es la última.
- 4) Elso me pidió perdón, prometió cambiar.
- 5) Pero...
- 6) ¡No te metas!

Wonder wheel, wonder wheel.

Una vez le dije que yo le rompería la madre a Elso si volvía a golpearla. Me dijo lo mismo que en el punto 6: que no me metiera, que era su matrimonio. Bien, como no somos changuitos, que se quitan los bichos unos a otros, pensé que tenía ella razón: que se quite sus bichos ella sola.

A veces los odio también a ellos dos, pero el cariño y la lealtad hacia mi hermana me gana siempre. Pero bueno, ella tampoco acepta tener un problema con su matrimonio, con su neurosis; se desquita con los que se le atraviesan en el camino, aunque no tengan la culpa. Le hace falta empatía a mi hermana.

Ella también debería escribir en un cuaderno para hacer catarsis. Un día le preguntaré si también lo hace. O de plano se lo regalaré.

Aunque se enoje.

El mayor problema del ser humano es la falta de empatía. Pero es que el mundo está condenado y le haríamos un gran favor si desapareciéramos.

Es que necesito hablar de la empatía porque mencioné que a mi hermana le hacía falta eso. ¿Y a mí no? No, si aceptamos el hecho de que la empatía puede ser selectiva. Con la *gente mala* no soy empático: que se joda. Con la *gente buena*, sí; pero en el momento que una persona buena, un *individuo*, entra a un *grupo*, ahí se jodió la cosa, ya lo había escrito más atrás. ¿Significa pues que hay un juicio que hace seleccionar con quiénes soy empático y con quiénes no? ¿Significa que soy soberbio por pensar así? Puede ser, la verdad es que no lo había considerado. Pero hay, sin embargo, algo que sí es real en mí: no tolero el sufrimiento ajeno ocasionado por otro, me hace sentir impotente e inútil; o con los animales, a los que tampoco tolero ver sufrir. Porque al mirar esos ojos angustiados y tristes, de un animal o de un ser humano, me lleno de odio y deseos de venganza contra los agresores.

Tal vez, en el fondo sí hay empatía por el *individuo*, más no así por los *grupos* y la *gente mala*. Ya lo comenté, según palabras de Shakespeare: depende la maldad o la bondad del punto de vista. Medio jodido el tema, pero así es.

Pienso que se puede ser gentil con el prójimo, ser amable, ayudando pero sin involucrarse con lo social, con el *grupo*. Porque la aspiración final e ideal es el amor incondicional, cosa a la que la sociedad y sus sistemas no están preparados para experimentar. Como individuos sí, pero si el individuo se mete en lo social termina por perderse, por alienarse y entonces se vuelve parte de lo odiado, pierde su identidad, su valor como individuo, al ser deglutido por la masa deforme llamada *sociedad*, a la que habría que erradicar.

Por eso intento tratar bien a las personas. Para no ser como aquello que detesto; aquello a lo que no me quiero parecer.

Los vecinos de la fiesta no han salido, enfermaron del virus. Uno de ellos falleció. Otro está grave. No ha habido música otra vez. No sé si sentirme bien o no por eso, pero el silencio se agradece.

La vecina se fue. El marido, que es policía, la cachó con otro tipo en su propia casa. Pensé que los mataría, pero no. Dicen que se le quebró tanto el corazón que no fue capaz de hacer nada contra él, el otro, quien salió de la casa, dicen, medio desvestido, tratando de aferrar su vida y sus pantalones en la mano.

El marido corrió a Yolanda, la vecina. No se le ha vuelto a ver por aquí. El marido ya metió otra vieja a la casa.

Zura, por su parte, volvió a pelear con su marido.

—Me compré un cuaderno —le dije—, estoy escribiendo.

—Y a mí qué.

¡Ay, Maple! ¡Quién fuera gato como tú!

Plataforma de cursos

Narrativa.

Planeación editorial.

Administración del tiempo.

¡Y más!

***Cursos grabados.**

***Avanza a tus tiempos.**

***Tu clave nunca caduca.**

***Retroalimentación garantizada.**

***Recibe un descuento del 20% en cualquiera de nuestros cursos, presentando el código PLATCUR en un correo dirigido a luisfernando@aladeavispa.com.**

www.aladeavispa.net